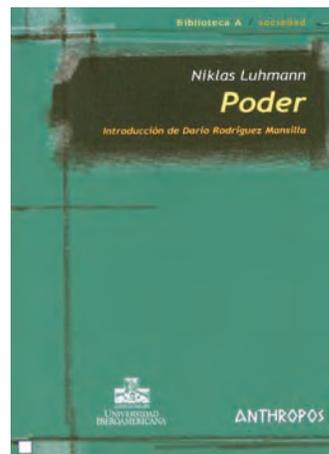


Poder*

Niklas Luhmann



MAXIMILIANO E. KORSTANJE**

Nacido en 1927 en Baja Sajonia y fallecido en 1998, Niklas Luhmann se ha configurado como una de las mentalidades más notables del siglo XX. Fue un sociólogo alemán de tendencia sistémica y alumno de T. Parsons, cuyo intento por una sociología más holística intenta mejorar (aunque retomando sus supuestos) los abordajes del francés Emile Durkheim con respecto a la sociedad y al lazo que la mantiene unida. La posición

* 1995. Barcelona: Universidad Iberoamericana-Anthropos. 177 páginas.

** Departamento de Ciencias Económicas, Universidad de Palermo. Av. Córdoba 3501 esquina Mario Bravo, Ciudad de Buenos Aires, Argentina. E-mail: maxikorstanje@fibertel.com.ar.

de Luhmann con respecto a la dicotomía clásica en ciencias sociales entre agente y estructura, se constituye desde una combinación entre la autopoiesis de Maturana y la relación comunicacional estructuralista. No obstante, en algunos puntos su pensamiento se hace complejo y difícil de comprender. La siguiente reseña es un intento crítico de abordar al Luhmann político, a su concepción de poder y de vínculo semiótico, enfatizando en la contradicción del poder mismo que se presenta como inherentemente humano.

Para Luhmann el poder se constituye como un instrumento de la comunicación, un código cuya función es hacer inteligible las opciones entre alter y ego. En la vida diaria existen códigos generalizados que permiten la comprensión inter-subjetiva por medio del lenguaje. La comunicación intentará, por todos los medios, resolver la contingencia. Al respecto, nuestro autor sugiere que:

el poder funciona como un medio de comunicación. Ordena las situaciones sociales con una selectividad doble. Por lo tanto, la selectividad del alter debe diferenciarse de la del ego, porque en la relación de estos dos factores surgen problemas muy diferentes, especialmente en el caso del poder. De acuerdo con esto, una suposición fundamental de todo poder es que la inseguridad existe en relación con la selección del alter que tiene poder. Por las razones que sean, alter tiene a disposición más de una alternativa. Puede producir y quitar inseguridad en su compañero cuando ejerce su elección (1995: 13).

A diferencia de otros autores que vieron en este fenómeno algo acumulable en una sola persona, Luhmann enfatiza en el carácter relacional y comunicacional del poder, dirigido por un código que moviliza las relaciones entre las personas. La posibilidad del subordinado de elegir cómo comportarse se encuentra vinculada a la expectativa de que alter ejerza alguna acción. Existe, en consecuencia, una dicotomía (un binomio) entre las acciones posibles que una persona puede seguir. A bueno se le opone malo, a blanco se le opone negro, a alto, bajo y sucesivamente. Siguiendo las contribuciones estructuralistas, el autor afirma que se dan sustitutos que permiten una comprensión del mensaje de poder.

- 1) Las jerarquías “postulan” las relaciones no simétricas de poder.
- 2) La historia del sistema naturaliza ciertos hechos en detrimento de otros.
- 3) Los convenios semi-estructurales previenen futuras deslealtades o retiros.



Se trata de una complejidad reducida del medio y transmitida por la comunicación que se relaciona con las discrepancias. En uno de sus pasajes, el sociólogo alemán escribe:

el poder es comunicación guiado por un código. La atribución del poder al poderoso está regulada en este código por los resultados de amplio alcance que conciernen al refuerzo de motivaciones que cumplir, responsabilidad, institucionalización, dando una dirección específica a los deseos de cambio. Aunque están actuando ambas partes, cualquier cosa que ocurra se le atribuye solamente al poseedor del poder (1995: 23).

En efecto, el portador de poder queda escindido en la realidad como el único responsable de las situaciones que se van suscitando. El ejemplo más claro de esta realidad es el desgaste político que parece observarse en los últimos tiempos en Estados Unidos. Si seguimos con atención veremos que Bill Clinton terminó su mandato con un bajo índice de aceptación, a la vez que su contrincante, el republicano George W. Bush, accede a la presidencia de ese país. Paradójicamente, luego de dos guerras (invasiones) a Medio Oriente y con una de las mayores crisis de su historia entre manos, Bush se repliega con un bajo índice de “popularidad” para dejar la presidencia al senador demócrata B. Obama. Esta seguidilla alternada de símbolos refleja la tesis de Luhmann a la perfección. El anonimato de quienes mantienen el poder informal, en este caso los electores, se ve expresado en una persona o una institución que detenta el poder formal. Pero este último tiende a debilitarse con mayor rapidez que el primero. En efecto, es posible que se deteriore la imagen de un presidente con mayor frecuencia que decline la confianza en el sistema democrático.

El tratamiento del autor con respecto a la acción insiste en que su función es actuar como productor de posibilitadores de selección.

El poder puede hacer demandas a la voluntad, la puede obligar a absorber riesgos e inseguridades, incluso la puede llevar a la tentación y dejarla frustrada. Los símbolos generalizados del código, los deberes e insignias del cargo y las ideologías y condiciones de legitimación sirven para ayudar al proceso de articulación, pero el proceso mismo de comunicación sólo cristaliza motivos cuando se está ejerciendo el poder (1995: 31).

Los portadores de poder son frecuentemente portadores también de éxitos o fracasos aun cuando ellos no quieran serlo. Luhmann nos permite comprender que es el poder el mecanismo que conlleva la clasificación binaria. Todo lo que hay de moral en nuestro código de



comportamiento deriva del poder. Sólo éste origina el nexo de las relaciones haciendo surgir la posibilidad de combinar evitables o consideradas negativas con otras positivas.

Además, la liquidez del poder (como la del dinero) se da por la replicación de acciones derivadas y ancladas en un subcódigo que se suceden secuencialmente. Es aquí donde Luhmann ensaya una proposición innovadora: la creación de cadenas de poder que integran el poder corporativo e individual. La cadena de poder no es otra cosa que una transferencia de subcódigos que ayudan a regular el poder y mantener a la estructura funcionando. En la medida en que el poder corporativo (organizacional) de la estructura disminuye, aumenta el personal, y viceversa. Las cadenas (como en el lenguaje) permiten una fluidez de relaciones de reciprocidad entre los agentes sociales. Para ser más exactos,

la formación de cadenas tiene la función de hacer asequible más poder del que puede ejercer un poseedor de poder, de hacer asequible todo el poder, en el caso límite de las elecciones políticas, a aquellos que de ningún modo pueden ejercerlo. De este modo, la formación de cadenas hace posible que haya aumentos de poder que sobrepasen la capacidad de selección del portador del poder individual. La artificialidad de este aumento de poder se refleja en las demandas que impone en el código de poder; por ejemplo, no puede realizarse sin una esquematización binaria (1995: 59).

En las líneas sucesivas, Luhmann sugiere una combinación de ejemplos que ayudan a comprender mejor su intrincado texto (no legible en muchas ocasiones). El poder organizativo se basa sobre el control de la contingencia. Por ejemplo, las crisis económicas implican peligro de despido y con éste una propensión mayor de los empleados de acatar las normas. En este sentido, el poder personal queda circunscripto y limitado a un poder estructural. Al restringirse la oferta laboral, los ya ocupados ven sus situaciones y expectativas disminuir. Ante este escenario, sus perspectivas de poder disminuyen mientras aumentan las perspectivas de las empresas. Si bien la mayoría de las empresas, basan su poder en “la amenaza de despido” sólo en raras ocasiones ella es posible. Esta constante amenaza permite dirigir las conductas de los agentes hacia determinados objetivos. Sin embargo, cuando las circunstancias cambian y existe mayor demanda laboral que oferta, los empleados retoman el poder personal poniendo condiciones al círculo empresario. En resumen, el poder no puede ser concebido fuera de las relaciones de convivencia entre los agentes. En palabras del autor,



la sanción a través del poder personal ocurre más frecuentemente de acuerdo con la movilidad en el sistema, pero de una forma menos obvia. En él, las consideraciones circunstanciales se mezclan con las sanciones positivas y negativas. Simplemente puede consistir en preferir a otros aspirantes para el cargo y sólo puede aparecer como una sanción negativa para los que son rechazados. Por lo tanto, para el portador de poder no necesita ser una alternativa que se tenga que evitar (1995: 147).

Así, el poder organizacional por su propia esencia ayuda a manejar las reglas contingentes y a debilitar el poder personal. Por medio de la imposición normativa, la estructura impone una cadena de códigos que en combinación con incentivos y castigos determinan la posición del actor con respecto a sus posibilidades.

Este juego, lejos de ser potestad de un sector, se constituye relacional y autoreflexivamente como un código lingüístico. Sin lugar a dudas, el poder en el tratamiento luhmaniano adquiere una naturaleza semiótica. No obstante, he aquí el escollo mayor de esta teoría. Luhmann considera al poder como algo naturalmente dado y, en consecuencia, acumulable. Éste, a su vez, parece ser tan acumulable hasta el grado de “convertirse en poder total”. Esta creencia no sólo es insustentable desde lo teórico, sino que es esencialmente falsa. Si partimos de la base de que el poder es un código que nace como parte de la limitación del propio ser ante la incertidumbre del alter o su medio, es imposible hablar de un “poder total”, por cuanto entonces ya no es poder. Tautológicamente, Luhmann confunde los términos y asume que el poder ayuda al sujeto a reducir la complejidad del sistema. Sólo aquel limitado en sus posibilidades puede adquirir poder.

Aclarados los puntos importantes del tratamiento político de Niklas Luhmann, cabe aclarar que su desarrollo cae en una contradicción irremediable. Si el poder parte desde la misma finitud del ser, ¿cómo se puede sustentar la idea de un poder total? Parece, en este sentido, que Luhmann comete la misma contradicción que se le ha criticado históricamente a Durkheim. El ser humano es un ser político en principio por la sencilla razón que es finito, y en parte es finito porque su actuación en la línea del tiempo es acotada. La muerte es el principio político por excelencia, a la vez que también es el elemento central de toda estructura relacionada con el poder. En este punto, consideramos que las limitaciones de Luhmann pueden ser mejoradas si se aborda el tema desde una perspectiva filosófico-existencialista como la de J. P. Sartre o M. Heidegger.

